

¿HAY UNA TEORÍA DE LA GUERRA EN FREUD?

¿IS THERE A WAR THEORY IN FREUD?

Por: Juan Guillermo Uribe E.¹

Fecha de recepción: 5 de Mayo de 2008
Fecha de aprobación: 20 de Mayo de 2008

RESUMEN

El autor pretende demostrar como Freud, al poner la causa en lo psíquico, convierte la guerra en un elemento necesario no contingente. Pero, por otro lado, genera una dimensión ética que recae, sobre cada sujeto en relación a sus propias posibilidades de agresión, violencia.

PALABRAS CLAVE

Teoría de la guerra, psicoanálisis

ABSTRACT

The author pretends to show how Freud, to put his cause in the psychic, turns war into a necessary element not contingent. But on the other hand, creates an ethical dimension that falls on every subject in relation to their own possibilities of aggression, violence.

KEY WORDS

Theory of War, psychoanalysis

Antes de proceder a la elucidación de esa pregunta, es importante esclarecer el concepto de "teoría". La etimología griega refiere a una especulación o contemplación de un hecho. Desde el punto de vista del conocimiento, es una "[...] condición hipotética ideal en la cual tienen pleno cumplimiento normas y reglas que, en la realidad, son solo imperfecta o parcialmente seguidas" (Abbagnano. Diccionario de Filosofía, Fondo de Cultura, p.1126. Kant examinó las relaciones entre la teoría y la práctica para probar tanto la validez como utilidad de lo teórico. La teoría implica hipótesis para su trabajo de demostración y estas hipótesis se validan por su posibilidad de determinar a priori las consecuencias de la conjetura.

Al abordar el pensamiento de Freud, es indispensable considerar el concepto de causa que lo orienta. La teorización de Freud produce un viraje en el positivismo de su época. Para efecto de esta presentación podemos entender por positivismo la atribución de causalidad externa a todo fenómeno incluido el universo psíquico sin consideraciones de trasfondo metafísicos no perceptivos o sensoriales. Desde La interpretación de los sueños (1900), comienza a dejar en el lugar de la causa un determinante inconsciente que atribuye a la represión de un deseo inaceptable para la conciencia. De esta forma, el comportamiento del sujeto está determinado por efectos que no pasan por la conciencia. Lo que aisló como sueños, lapsus, actos fallidos y síntomas, los nombró formaciones del inconsciente. El sujeto humano es, entonces, un sujeto determinado por mecanismo inconscientes, pero paradójicamente, responsable en un segundo tiempo de su significación. Un deseo criminal en un sueño no depende de la conciencia, pues el soñante en el momento de la formación inconsciente, duerme: el yo duerme y lo inconsciente traba-

¹ Filósofo, Psicólogo y Psicoanalista. Miembro Foro del Campo Lacaniano de Medellín.

ja. Sin embargo, la presencia de una escena criminal en sus sueños lo compromete, al menos a preguntarse por lo que le concierne en tal sueño.

Nadie hace un lapsus voluntariamente, pero sí se siente avergonzado por su significación. No lo avergüenza la torpeza sino la verdad que ahí puede emerger. Esto muestra que todo sujeto está concernido por sus formaciones inconscientes. En esta perspectiva, Freud introdujo el concepto de "pulsión" como frontera entre lo psíquico y lo somático, en oposición al concepto de "instinto", dado que a causa del lenguaje, el ser humano como "hablanteser" se separa de la naturaleza. Sabemos que el lenguaje da origen a la cultura y se convierte en causa del inconsciente. La multivocidad de la lengua y su posibilidad de generar nuevos sentidos y significaciones, conduce a Lacan a considerar que el sujeto del inconsciente es efecto del lenguaje. La cultura también es un hecho de lenguaje, pues gracias a su dimensión simbólica, pueden configurarse saberes como la filosofía, el derecho, etc. La pulsión sirve para explicar la relación entre lo que se manifiesta como necesidad en lo biológico pero necesariamente inscrito en lo simbólico del lenguaje. Necesidades primordiales como el alimento el sueño y la sed son mediados por el lenguaje. No hay fenómeno corporal que no quede inscrito en lo simbólico del lenguaje y en la articulación al Otro como fuente de lo simbólico, Lacan nombra a este Otro "tesoro de los significantes".

Se puede observar que el Yo está siempre en relación con un semejante el que se convierte en objeto de su comunicación y fuente de su satisfacción, no solamente en el campo de la necesidad sino en el del reconocimiento y amor. Esta relación de amor la denomina Lacan "Demanda". La estructura del lenguaje sigue atravesada por lo pulsional del cuerpo. En esta punto, y en razón de la limitación de tiempo, tengo que pasar directamente a las conclusiones de Freud.

Freud aisló dos pulsiones fundamentales, una de vida, o erótica en conflicto permanente con otra de muerte, disgregadora. El sujeto sufre los efectos de estas dos formas pulsionales en forma sado/masoquista. La pulsión en sí misma busca su satisfacción sin miramientos por el objeto y su bienestar. La pulsión se satisface con cualquier objeto, ya sea externo o interno. Los órganos del cuerpo, o los pensamientos se vuelven objetos de satisfacción. El horizonte pulsional siempre es la muerte. Sus formas son los goces autodestructivos que empujan al sujeto a buscar la satisfacción sin límites.

Los destinos de la pulsión son susceptibles de transformación en tanto la pulsión se manifiesta como representación. Esta representación es artificio de lenguaje, y como tal, puede ser sometida a represión, desvío y sublimación. Cuando Freud considera los destinos de la pulsión, muestra que el semejante es objeto privilegiado para la satisfacción, escribe en *El malestar en la cultura* (1930): "En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. "Homo homini lupus": ¿quién, en vista de las experiencias de la vida y de la historia, osaría poner en entredicho este apotegma?". Esta descripción, antes que hacer un elogio impotente de la autodestrucción, es una advertencia a la responsabilidad y vigilancia del sujeto que puede cuidar la vida del lado de la fuerza erótica del amor y su potencia de vida. Me parece que con su teoría de la pulsión, Freud formula las condiciones de posibilidad de la guerra, pero no elabora una teoría de ella.

Preguntarse por una teoría de la guerra supone la existencia de un cuerpo de principios de acuerdo con los cuales se pueda conjeturar un hecho práctico. Si bien se conocen manuales que tratan de la guerra como el muy antiguo en China *Arte de la guerra* de Sun Tse (S. VI a.c.) y el *De la guerra* de Karl von Clausewitz (1831), lo que encontramos en estos libros son técnicas y consejos para llevar a cabo la guerra. No hay en ellos una respuesta a la pregunta ¿Qué es la guerra? Por ejemplo, von Clausewitz define la guerra así: "La guerra es, en consecuencia, un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario" (von Clausewitz, p. 38). Esta definición da cuenta del "qué es la guerra" pero no aborda el problema de su existencia histórica y su esencia intrínseca. A finales del Paleolítico superior, quince mil años antes, se constata en las pinturas rupestres del oriente de España, la existencia de grupos enfrentados bélicamente.

Una teoría de la guerra, en el sentido antes definido, se encuentra en Lenin al desarrollar las consecuencias del análisis de la economía capitalista. La plusvalía como excedente que pasa a engrosar el capital a expensas del obrero, lleva necesariamente al empobrecimiento progresivo de una parte de la humanidad y por consecuencia, una concentración creciente y progresiva del capital en unas pocas manos. Esta es una forma ruda de presentar el análisis marxista, sus desarrollos históricos han sido más complejos y han requerido reformulaciones como las del imperialismo y su necesidad de expansión de los mercados. Lo que interesa en esta exposi-

ción es la guerra como consecuencia lógica y medio estratégico de aunar las fuerzas de los explotados para destruir el sistema capitalista. La guerra, en esta teorización, es un hecho necesario de la estructura capitalista y de su fase superior imperialista. Lo que se puede concluir, entonces, es que economía capitalista y guerra son implicaciones lógicas necesarias: el imperialismo abasteciéndose de materias primas y expandiendo sus mercados, y los explotados defendiendo su trabajo y sus bienes nacionales. La teoría de la guerra para el marxismo, llevaría a la conclusión de que este fenómeno, aunque necesario a consecuencia del modo de producción capitalista, podría desaparecer con la supresión de ese modo de producción. Un mundo sin propiedad privada, según esta teoría, sería un mundo sin guerras...No es el momento de profundizar en esta teorización. Hoy podemos preguntarnos si la variable económica es la única explicación suficiente del fenómeno de la guerra. En la actualidad hay un elemento no despreciable que incide en la guerra y es la variante religiosa. Los pueblos denominados del Libro se disputan su predominio en la cultura. ¿Es la religión monoteísta, un motivo o una causa para la guerra? ¿Sirve el fundamento religioso para justificar una agresión imperialista de fondo económico? ¿Entonces, cómo explicar las múltiples guerras religiosas y la expansión del Islam durante la edad media?

¿Qué diferencia, entonces, se podría ver entre la teorización de la guerra en el marxismo y la teoría de la pulsión en Freud? Parece evidente que al poner la causa en lo psíquico, Freud convierte la guerra en un elemento necesario no contingente. Pero, por otro lado, genera una dimensión ética que recae en cada sujeto en relación con sus propias posibilidades de agresión y violencia.

Lo anterior nos conduce a una constatación: la guerra, la muerte y la sexualidad, son tres hechos que siempre han estado ahí. No podemos teorizarlos y escribirlos como se hace con hechos de la naturaleza o de la sociedad. Podemos escribir la fórmula de la gravitación universal o la de los gases perfectos, pero de la guerra, la muerte y la sexualidad, no podemos hacer inscripción alguna. No hay fórmula que encierre su sentido y su origen.

Denominamos a estos hechos reales en el sentido de que a pesar de ser imposibles de ser inscritos en fórmulas, se repiten y no cesan de presentarse. Lo real tiene que ser tratado mediante de explicaciones míticas que inyecten sentido, pues el concepto de causalidad no da cuenta de su existencia totalmente. Las religiones se valen del sentido para tratar lo

real.

Pasemos ahora a la carta de Einstein a Freud. En julio de 1932, a petición de la Liga de las Naciones, a través de su Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, se comisionó a Albert Einstein para hacer consulta acerca de las posibilidades de "evitar a la humanidad los estragos de la guerra". Einstein en esa época había sido galardonado con el premio Nobel de física; como judío preocupado por el antisemitismo creciente y el riesgo de una conflagración nuclear, se dirige a Freud con la pregunta: "¿Hay algún camino para evitar a la humanidad los estragos de la guerra...? (Freud, S., O c., Amorrortu, Buenos Aires, Vol. XXII, p. 183). Hay que anotar que la relación de Freud y Einstein se veía circunscrita por su condición de "sabios". El estatuto de Einstein como científico estaba avalado por el premio Nobel; sin embargo, la atribución de "científico" a Freud hacía parte de una aguda polémica. Freud era considerado por algunos, en su época como un charlatán. Karl Popper, el filósofo y epistemólogo, a los 17 años había denunciado la inconsistencia epistemológica del psicoanálisis por ser una teoría muy general y subjetiva y por no ser contrastable con su argumento de prueba de falsación.

La postulación de Freud para el premio Nobel en 1921 agudizó la polémica del estatuto "científico" de su teoría. Los psiquiatras no la aceptaban como científicamente médica. Los postulantes del su nominación para el Nobel, buscaron el camino del premio ya no como científico sino como escritor. Freud prefería el estatuto de científico. La posición personal de Freud era de pudor ante las intromisiones de diferentes personalidades en esta nominación. Freud buscaba el asegurar un estatuto de ciencia para su descubrimiento. No fue la Academia la que se lo otorgó sino el desarrollo y consistencia de sus principios. Es paradójico, cómo ante una pregunta crucial acerca de la guerra, Einstein desde su lugar de sabio, se dirija a Freud y le reconozca su valor científico en el campo de la psicología o "ciencia del alma". La discusión prosigue hoy entre las ciencias biológicas y otras disciplinas como el psicoanálisis que se reclaman como científicas aunque no dentro de las condiciones de otras ciencias "duras".

Pues bien, hice esta circunvolución para mostrar cómo, en cierta forma, la pregunta acerca de la guerra llega a un destinatario al cual se le reconoce un estatuto de científico social, pero con la explícita esperanza de encontrar una posible respuesta más allá de la "ciencias duras" como la física. El objeto guerra, vamos a verlo, vuelve a quedar en un lugar imposible; es decir, no inscribible como fórmula para su manipulación. Einstein le pide a Freud que con "su vasto saber acerca de

la vida pulsional del hombre" ilumine el problema y sugiera "métodos educativos" para eliminar los obstáculos psicológicos que conducen a los humanos a destruirse mutuamente. El mismo Einstein constata que: "(...) el hombre tiene dentro de sí un apetito de odio y destrucción. ¿Cómo controlar la evolución mental del hombre para ponerlo a salvo de la psicosis del odio la destructividad? "Esta pregunta está acompañada de un deseo de Einstein "(...) descubrir la manera y los medios de tornar imposibles todos los conflictos armados".

Hasta aquí la pregunta de Einstein. ¿Qué hace Freud? No era la primera vez que él se había ocupado del problema de la guerra. Diecisiete años antes en abril de 1915, seis meses después del desencadenamiento de la primera guerra mundial, Freud escribe De guerra y muerte, temas de actualidad y en noviembre de 1915 escribe La transitoriedad, en el cual va configurando sus pensamientos del tema de la guerra, la muerte y lo precario de la vida. Freud procede a responder a Einstein contextualizando las relaciones entre violencia y derecho. Lo interesante es que Freud considera que el Poder es originalmente violencia y que lo que conocemos es la tensión permanente entre el derecho y la violencia. En otras palabras, Freud muestra de manera evolutiva, cómo la fuerza muscular y después las armas fueron los elementos que definieron la subyugación del semejante. Esta subyugación pasó por el desarme, muerte o esclavitud del vencido.

Esta descripción del origen conduce a Freud a la teoría del "Pacto social" en la que no se diferencia mucho de Thomas Hobbes en El Leviatán (1651). La unión de los débiles lleva a construir una fuerza que hace que el poder de los débiles unidos se vuelva "derecho en oposición a la violencia del único". Para que esta unión se conserve debe cumplirse una "condición psicológica". Es necesario que los miembros se sientan unidos por sentimientos de solidaridad que es lo que constituye su fortaleza. Esto lleva necesariamente a que cada miembro renuncia a la libertad de aplicar su fuerza como violencia para que haya convivencia. Estos sentimientos de solidaridad se fundan en identificaciones. En la práctica, esto es un Estado ideal, pues los individuos de semejante comunidad tienen diferentes intereses y sus deseos de dominio sobre los otros, siempre desintegran la unidad. Este hecho, marca las posibilidades de una guerra entre los mismos miembros. Las anteriores consideraciones llevan a Freud a postular la necesidad de instituir un poder central, "violencia central", que regule todos los conflictos. En este punto acuerda con Einstein en la necesidad de crear organismos supranacionales que sirvan como árbitros en los conflictos mundiales: "educar hombres

de pensamiento autónomo que no puedan ser amedrentados y luchar por la verdad sobre quienes recaería la conducción de las masas heterogéneas"

En este punto de su respuesta, Freud introduce su teoría. En su correspondencia con Frederik Van Eeden, el 28 de diciembre de 1914, Freud se dirige a este psicopatólogo, reconocido literato holandés, y le presenta lo que él denomina sus dos tesis acerca de la guerra. Advierte que a causa de ellas el psicoanálisis se ha vuelto más impopular.

Primera tesis: en los sueños, síntomas y actos fallidos de personas normales como de neuróticos, "se ha llegado a la conclusión de que los impulsos primitivos, salvajes y malignos de la humanidad no han desaparecido en ninguno de sus individuos, sino que persisten, aunque reprimidos en el inconsciente y que esperan las ocasiones propicias para desarrollar su actividad.

Segunda tesis: "Nos ha enseñado también que nuestro intelecto es una cosa débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestras inclinaciones pulsionales y afectos...".

Estas dos formulaciones solidarias una de otra, nos muestran que lo simbólico no cubre todo el campo del lo real pulsional. Que siempre hay un resto indomeñable que acecha a la espera de una oportunidad propicia para saltar sobre el semejante. Lo que propone Freud a partir de estas dos tesis, es la necesidad de confrontar esta realidad pulsional como posible en todo sujeto. Freud no se queda en una posición nihilista o de pesimista resignación. En su escrito La transitoriedad (1916), le responde al poeta melancólico que se queja por lo efímero de la belleza, mostrándole que lo efímero aumenta el valor de la vida, pues la transitoriedad y el paso del tiempo incrementan el sentido de la vida...

Las dos tesis anteriores se condensan en la última que plantea en su escrito De guerra y muerte en la cual especifica el mundo pulsional, "en realidad no hay desarraigo alguno de la maldad. La investigación psicológica –en sentido más estricto, la psicoanalítica- muestra más bien que la esencia más profunda del hombre consiste en mociones pulsionales de naturaleza elemental, ellas son del mismo tipo en todos los hombres y tienen por meta la satisfacción de ciertas necesidades originarias. En sí estas mociones pulsionales no son ni buenas ni malas.". Para 1932 ha avanzado en su teoría pulsional y ha incluido la "pulsión de muerte" en constante conflicto con la "pulsión de vida". La pulsión de muerte la percibe en algunos hechos de la clínica como son las sa-

tisfacciones autodestructivas, las expresiones masoquistas que empujan al sujeto a lo peor: fracasos, accidentes, desgracias. Freud distingue estos hechos clínicos de los eventos del azar y el infortunio. Es diferente sufrir un efecto del azar, a convocar el infortunio en una repetición permanente. ¿Cómo se diferencia esta hipótesis de una pulsión de muerte, de la hipótesis cristiana del "pecado original?

Freud se hizo esta pregunta cuando formula el "parricidio" como principio originario de la cultura, lo extrae, entre otros hechos, de la formulación del pecado original. Freud infiere que si Jesús, Hijo de Dios, ofrendó su vida para redimir la humanidad, es porque el pecado original fue un crimen, "un agravio contra Dios padre"; es decir, un "parricidio". Claro está que se trata de un deseo siempre actual y prohibido. El asesinato del padre pasa a ser una tentación que implica también muchas operaciones de control como los síntomas de anulación y síntomas compulsivos.

De una explicación mítica religiosa, Freud pasa a crear un nuevo mito en un contexto evolucionista de la especie. La horda primitiva y el padrón le sirven para sustentar la existencia del interdicto parricida y el incesto, como fundamentos de la culpa y la conciencia moral.

Cuando abordamos la pregunta de esta exposición "¿Hay una teoría de la guerra en Freud?", podemos afirmar que la salida que encuentra Freud es buscar en el psiquismo humano, las condiciones originarias de la guerra. La pulsión de muerte en oposición permanente con la pulsión de vida, le sirve a Freud como hipótesis explicativa de "¿Por qué la guerra?" Pero, ¿Cómo prevenirla?, ¿Cómo evitarla? En su escrito De guerra y muerte (1915), formula la posibilidad de "trasmudar pulsiones egoístas en pulsiones sociales". Capacidad que denomina **aptitud para la cultura**, como capacidad de un ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo...

En su respuesta a Einstein, Freud es consciente de la magnitud de la empresa que se le propone. En ciertos momentos de su argumentación vacila, y advierte lo utópico que es suponer un ordenamiento definitivo de las fuerzas destructivas psíquicas. Habla Freud de "molinos de lenta molienda" que no arrojan su producto tan rápidamente como se quisiera. En ese sentido la proposición de Freud es una modesta consigna que hace un llamado a la **aptitud para la cultura**: "Todo lo que promueve el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra". Es decir, Freud con esta propuesta reúne la pulsión con uno de sus destinos que es

la sublimación.